

Cine y Formación Docente 2005

Viernes 23 de septiembre en General Roca, provincia de Río Negro.

Cuando lo cotidiano se vuelve mágico. A propósito de *Ser y tener* de Nicolas Philibert

Por Carina Rattero

La mirada de la lente se posa demorada en un gesto. Un centímetro de cuaderno con unas pocas graffías, el ensayo dificultoso de un 7 que no sale, unas manos coloreadas a toda ténpera... nos invitan con ingeniosa sensibilidad a re-visitarse ese tiempo sin tiempo de la infancia. Esa patria de juegos y esperas. Lo que va quedando de una voz, o una semilla... La impredecible temporalidad del aprendizaje... la maravilla de aquello que ocurre una vez, y otra vez, cada vez, siempre.

Entre palabras y silencios, los dictados y las restas... una historia singular. El día a día de esa escuela en ese paraje de Francia podría ser el de una escuela cualquiera, en nuestro país o en algún otro rincón del universo. Una mano presiona un lápiz y un pequeño cuerpo inclina sus fuerzas sobre la hoja... Una subjetividad constituyéndose al amparo de cuentos, números y letras... y un infinito a conquistar que se abre sitio en medio del tiempo.

Al ritmo pausado de la respiración, casi sin sobresaltos, la pregunta del maestro abre un abismo entre saber y pensamiento. La fijeza del mundo pareciera socavada en esa vacilación, en el imperceptible balbuceo de esa voz que se ensaya en la respuesta. Porque este maestro ofrece allí una demanda y también dona una espera. Compromete y fecunda una aventura de pensamiento, un modo de decirse e irse descubriendo. Y si por momentos todo pareciera rodearse de silencio, no es el silencio de la ausencia de sonidos, sino algo infinitamente más real. Una pregunta que siempre permanecerá en suspenso, una promesa: ¿qué es un niño?

Un día transcurre sin más, también el siguiente... Poco a poco se puede imaginar que nada en ese paisaje –si no fuera por los nombres y las caras de los chicos- podría haber sido diferente en los últimos veinticinco años. Exactamente el tiempo

que este maestro ha trascendido hasta agrisársele el cabello, sin demasiada prisa, en esa misma escuela rural. Sin embargo, nada se muestra gris.

La lente de Nicolas Philibert observa todo esto... Nos lo nombra en cada escena. Pintando un sencillo discurrir de situaciones en la misma travesía de su experiencia, enseña a mirar por el modo en que lo hace. Con recursos mínimos –una cámara, un micrófono y un par de ayudantes-, en *Ser y tener* esos momentos simples se vuelven mágicos. «Cuando filmo un documental no lo hago con la intención de enseñarle nada al espectador, sino de darle a conocer un mundo, un lugar, unas personas en las que tal vez no haya reparado. Yo suelo no saber nada sobre los temas a los que me acerco, y lo que busco al filmar es aprender algo», dice el documentalista francés.

Tal vez por esto, cada una de esas pequeñas secuencias podrían volverse inolvidables. Como un detalle, un pequeño gesto, un acento o una voz... la palabra o la oreja atenta de *un adulto para con un niño* podría -¿cómo saberlo?- volverlo inolvidable... Monsieur López quizá lo sea para cada uno de estos alumnos

Para Julien, un niño desvalido frente al dolor que le impone la incomprensible enfermedad de su padre, este maestro ofrece un modo de cuidado alojándolo en su atenta escucha, en esas pocas palabras que ofrecen la posibilidad de dar significado, de volver pensable aquello que al niño le angustia. También para Letitia, a quien ayuda a encontrarse y expresar su propia voz; y para Jojó, a quien el infinito se le revela de su mano, cuando abriendo sus ojos inmensos de asombro logra descubrir que los números no tienen límite... Y así, de modo casi imperceptible, la cámara va implicando nuestra mirada en la misma emoción de esa aventura.

Es posible que estas imágenes produzcan en nosotros una seña, nos hagan un guiño, si nos atrevemos a mirar (nos miramos) más allá de la pantalla. Si permitimos que se sacudan nuestras certezas y nuestro saber, aquello que podemos explicar y nombrar con el lenguaje conocido. Porque la intensidad de esos pequeños momentos nos llevan a visitar lo cotidiano, (aquello que nada tendría de mágico, ni de extraordinario ...) desde otra poética.

La película nos mira ... ¿ qué nos muestra?

Efectivamente, la película nos mira. Y tal vez lo importante no esté en lo que nos muestra, sino en el modo en que lo hace. «Lo que me interesa –afirma el documentalista Nicolas Philibert- no es tanto el tema que abordo como el hecho de ingresar en un mundo determinado, con la intención de compartirlo por un tiempo con quienes viven en él. Y después, permitir que el espectador viva también esa experiencia»¹. Para una experiencia de este tipo es necesario dejar que el cine trabaje en nosotros, imaginar fuera de foco, situarnos de otro modo en el intersticio de esta cercanía distante que produce.

Una escritura merodea la película. Simple discurrir de teclas para poner palabras entre retazos del paisaje que deja ver... ¿Cómo armar texto que no sobreimprima imágenes a la multiplicidad de lecturas que la película ofrece? Sin embargo, algunas preguntas afloran y se filtran... ¿Qué es un niño? ¿A qué nos convoca la infancia? ¿Qué supone un adulto, un grande, para un chico? ¿Por qué habríamos de cuidarlos, amarlos... o enseñarles algo? ¿Cuál es el vínculo entre enseñanza y amor? ¿Qué pone en escena este maestro?... Preguntas que invitan a pensar la educación en una ética de la hospitalidad entre grandes y chicos.

De-morando en los detalles...

Pequeños detalles. Insignificancias. Sentidos fragmentarios que en la

¹ Horacio Bernades: “Nicolas Philibert, un documentalista de excepción en la Argentina: ‘Al filmar, lo que busco es aprender’”, entrevista en Pagina/12.

singularidad de su ocurrencia muestran destellos de eternidad. Esos momentos discontinuos, muchas veces impensados, van haciendo la trama de una vida. Una primera escena muestra un exterior. El frío se siente en el cuerpo: intenso pero efímero. Mientras el día se abre paso al compás de un motor, una camioneta en viaje transporta niños casi dormidos.

Una ventana marca un encuadre, delimita un espacio interior, *cobijo*. El aula es también una olla (algo se cocina, quizás, al ardor de la leña). El calor es abrigo, y también encuentro que se anuncia. Marcando otro ritmo, dos tortugas se deslizan morosas, extrañas. Lentamente, como tratando de acompasar de modo sereno y minucioso esa cadencia vital e incansable de la enseñanza.

La cámara se desplaza entre alternancias: exteriores e interiores, trabajo y juego, escuela y familia. La escuela como otro ámbito, diferente del trabajo del campo. Temporalidad discontinua, como las estaciones en colores cambiantes: blanco helado sobre el verde hondo de la campiña; como el ritmo escolar, con sus tareas y recreos. Como oleadas que van y vuelven, las imágenes llevan las marcas de la *discontinuidad* del propio vivir....

Desde las primeras imágenes, la película nos muestra niños conducidos por adultos y a la vez expuestos, entregados a su poder y voluntad. Un *tras/lado* anuncia, en ese movimiento de casa a la escuela, un tiempo de *tránsito*, *trans/misión*, *pasaje*. Un desplazamiento que podríamos pensar en el sentido de la lectura y la escritura, ya que así va el movimiento de la cámara, de izquierda a derecha.

La brecha entre grandes y chicos se muestra también entre quien enseña y quienes aprenden. Porque la infancia se introduce en la naturaleza humana como diferencia entre la lengua y el discurso, en esa discontinuidad encuentra su razón de ser la historicidad del ser humano². Esa asimetría nos convoca a *responder*, a *dar respuesta*, en el sentido de aceptar una *responsabilidad por el otro* (como se sabe, en la raíz latina, “respuesta” y

² Agamben señala que la infancia , la experiencia de la diferencia entre lenguaje y habla , es lo que abre a la historia su espacio propio. Agamben, G. (1989) Infancia e historia (P. 62 y sig.).

“responsabilidad” se mezclan: *respondere* es “hacerse garante”).

De allí que enseñar sea una de las formas más bellas del cuidado y el amor por los nuevos, del amparo y del cultivo del amor por el mundo...³ En cada niño renace la novedad, una diferencia que abre un intervalo en la historia y con esto la posibilidad de construir un sitio nuevo que habitar en común. Si un niño es la posibilidad de renovación de este mundo, la escuela sería un espacio de custodia, un habitat para el cuidado.

Habitar no es sino cuidar y cultivar. La palabra “cultura”, de origen romano, proviene de “*colere*”, que significa – precisamente- “cultivar”, y se refiere en primera instancia a la relación que el hombre mantiene con la naturaleza. Se trata de una relación de atención y cuidado, que contrasta con la idea de dominio. Cultura también se vincula con “culto”, con la veneración de los dioses, y por ende, con modos de vida, costumbres, valores y creencias. La palabra cultura –en principio limitada a lo ‘agrícola’- parece haber ampliado su uso un poco después a “cultivar la mente”.

Nuestra responsabilidad entonces frente a los que llegando a la vida son introducidos al mundo (cultura) es de *atención, cuidado y cultivo*.... Un cuidado que también los educadores tenemos que pensar y hacer extensivo a aquello de novedad y singularidad que ninguna tutela civilizatoria tendría derecho a confiscar. Aquello, que se expone en toda su fragilidad... “Quizás

³ La llegada de los nuevos, los niños, nos reclama en la doble tarea de preservación de *la vida* y perpetuación del *mundo*. Nos dice Hanna Arendt «La educación es el punto en el que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes sería inevitable. También mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y librarlos a sus propios recursos, ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo en común» Arendt, Hanna. 1954 “La crisis de la educación”. En *Entre pasado y futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Península. 1996. (p. 208).

tenga flores en su ombligo...” nos dice Spinetta en una hermosa canción...

Cuando un niño nace algo *nuevo* aparece entre nosotros. En su epifanía paraliza mi poder, se sitúa más allá del saber y del conocimiento. Es rostro.⁴ Este rostro desnudo nos habla, nos llama, nos exige... en una relación que no es de conocimiento, de intencionalidad o de saber, sino una relación ética. No es nunca mío, no lo poseo, pero respondo de él y por él.

La pensadora francesa Laurence Cornu, quien ha estudiado las cuestiones vinculadas a la confianza y la responsabilidad, dice que instituir a los niños en la humanidad -hacerlos acceder a cuestiones simbólicas y de sensibilidad humana- no consiste en ser causa del otro, sino en asegurar una relación tolerable y libre. Esto es, construir una relación que dé espacio al otro, porque para que el niño sea sensible a la ley, es preciso que antes haga una experiencia protectora, *una experiencia de confianza*, el niño se da cuenta de lo que exige esta ley, de la que el educador es garante y capaz de responder.⁵

Por esto, construir ese *amparo donde lo nuevo pueda crecer* requiere pensar también una *distancia necesaria* entre lo desconocido y lo familiar. La escuela es ese territorio necesario como espacio diferente de la casa o la familia, en el cual se transita por otros saberes y se aprende a convivir en otra legalidad. En la justa distancia, entre la custodia del tesoro común y la apuesta que inaugura... Este espacio compartido requiere también el reconocimiento de la alteridad absoluta de cada quien, incluyendo, socializando, civilizando -instituyendo comunidad- y construyendo, a la vez, la posibilidad de un vínculo que permita hacer algo no destructivo con las diferencias.

Un tiempo para Ser

Quisiera retener una escena, aquella en la que el maestro interroga a un niño, y en cierto momento le pregunta: “¿crees que podemos hablar de esto?”. Ante el silencio del niño, se hace receptivo de esa

⁴ Derridá (1989) dice que «el rostro no significa, no se presenta como un signo, sino que se expresa dándose en persona».

⁵ Cornu L (2002) en: Frigerio comp. Educar rasgos filosóficos para una identidad. Santillana.

respuesta y suspende la interrogación... a veces un silencio no es ausencia de respuestas, sino tal vez la única posibilidad que un niño tiene de sustraerse a nuestro poder. Así, entre palabras y silencios, esa escena nos dice del respeto, del derecho al secreto, de aquello que necesita para crecer, de "la seguridad que da sombra".⁶ Porque «enseñar con seriedad es poner las manos en lo que tiene de más vital un ser humano..., un maestro invade, irrumpe... puede arrasar con el fin de limpiar y reconstruir...»⁷ Sabemos que en el plano de la acción humana el acto más pequeño conlleva consecuencias siempre ilimitadas... ; entonces los cuidados, la forma de cuidar, el más mínimo gesto podría contribuir a aumentar o reducir el poder de existir.

En "Ser y tener" este maestro *cuida de sí*, va tallándose a sí mismo en el ejercicio de la tarea. La preocupación de sí conlleva una actitud, una manera de comportarse, un modo de vida... (constituyendo una práctica social y dando lugar a la elaboración de un saber).

Donándose, en el tiempo que él mismo necesita: demorándose, mora. Se ofrece a cada uno, para ir leyendo lo que acontece, para ir escuchando, preguntando... Espera, examina, observa....Y también interviene, es decir adviene implicado, de-viene entre otros con su palabra y su presencia: historizando un conflicto entre pares y ayudándoles a pensar lo sucedido; marcando límites, insistiendo, ordenando una tarea a realizar, invitando a confrontar puntos de vista y revisar las propias producciones... Ejercita así un modo de la afectividad, del cuidado y del amor en una distancia atenta, en la escucha que abre a la conversación, en el trato con el saber, consigo mismo, y con los demás.⁸

⁶ «Todo lo vivo y no sólo la vida vegetativa, nace de la oscuridad, y por muy fuerte que sea su tendencia natural hacia la luz, a pesar de todo necesita de la seguridad que da la sombra...» Arendt, H. 1954 "La crisis de la educación". En *Entre pasado y futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. 1996. Península. (p. 208).

⁷ Steiner, G. (2004) *La lección de los maestros*. Siruela (p.26).

⁸ Ocuparse de sí requiere tiempo para el desarrollo de una serie de ejercicios, tales como cuidar de la salud, meditar, leer, tomar notas sobre la propia experiencia, conversar o intercambiar. De tal modo, la palabra y la

Una mirada, o la *palabra* del maestro, dándose de modo singular y único hacia todos y a cada uno de los chicos, se desliza como una *caricia*.⁹ No responde al imperativo, ni al modo técnico, porque no es algo que pueda planificarse ni ordenarse. No reconoce reglas, es completamente libre... pero detrás de esa libertad está la responsabilidad como respuesta y exigencia de hospitalidad.

Este maestro vela por sus alumnos, y en ese velar, hace sitio... sueña para ellos. Porque trabajando en el presente, pero no para el presente, sostiene un deseo, una ilusión, una voluntad. Querer algo para otros es también *querer ser maestro*.

Porque maestro es quien puede habitar la pregunta por el futuro sabiendo que el movimiento de la vida desencadena lo inesperado y hace posible lo improbable... Lector del acontecer buscando la ocasión, potencia lo venidero... Un maestro es un inventor de mundos y un guardián de lo imposible...

Mocositos, celulares y Floricientas.. "esa infancia que nos toca"

Una pregunta habilita al pensamiento si no intentamos reducirla a una simple respuesta. La película nos invita a interrogarnos acerca de nosotros mismos - adultos y educadores- en el desafío al que la presencia inminente de un niño nos arroja... Tal vez recuperando nuestra propia infancia, «el sentido de una época no forzosamente feliz, pero donde estábamos despiertos».

Este ciclo se titula "*Esa infancia que nos toca*"... Expresión que podría desencadenar ideas inusuales... pero al mismo tiempo polémicas, o llevar el intento de transmitir deseo de alteración de sentidos establecidos:

-*Nos toca... ¿en suerte...?* (según nos encontremos en una villa o en un country, en una escuela urbana o una rural; nos

amistad son el vínculo entre el trabajo sobre uno mismo y la comunicación con otro. La preocupación de sí, lejos de ser una actividad solitaria, es una práctica social.

⁹ La caricia como responsividad ha sido trabajada por Melich, Joan Carles (1997) "*La respuesta al otro. La caricia*", en Larrosa y Pérez de Lara (comp.) *Imágenes del otro*. Fuentes. Publicaciones del colectivo crítico para la salud mental.

toca en la parada de un semáforo: - “¿tiene algo que me dé?”). Suena determinante, también injusto: ¿tenemos algo para darles?

-Nos toca el alma, en su demanda y exigencia de atención, de cuidado... Con su mirada nos solicita e interpela... ¿nos conmueve? ¿Nos moviliza?, ¿nos mueve a responder en el sentido de esa solicitud y movimiento que conllevan las palabras con-moción, con-mover...?

-Nos tras-toca? Es que los nuevos “ya no responden a nuestros esquemas”, según dicen los maestros con quienes trabajo¹⁰, - “estos mocositos no están a un metro del suelo ¡y sin embargo nos sacan de las casillas!”...

La infancia no es nunca en singular, juega en plural... como plurales son los modos de habitar ese espacio singular de la niñez. La infancia no es nunca lo que nos representamos, (“ja mí nadie me avisó que esto era así!”¹¹); no es la infancia que tuvimos. Ese tiempo de espera sucumbió en la celeridad en que vivimos..., como sucumbió el “entretanto” de esa infancia escolar.¹² Se cuelan en esta época injusta,

¹⁰ Jorge Larrosa señala que la infancia es siempre lo otro. Lo que más allá de todo intento de captura, inquieta la seguridad de nuestros saberes, cuestiona el poder de nuestras prácticas y abre un vacío en el edificio construido de nuestras instituciones de acogida. “La otredad de la infancia es algo mucho más radical, nada más y nada menos que su absoluta heterogeneidad respecto a nosotros y a nuestro mundo, su absoluta diferencia.” Larrosa, J. (1997) *El enigma de la infancia*. En “Pedagogías Profanas”, Edu- Causa 2000.

¹¹ Comentario de una maestra al relatar su experiencia de encuentro-desencuentro con los chicos al comenzar una suplencia en una escuela PIIIE, Paraná, Cinemaestro 2004.

¹² La invención de la infancia en la modernidad conduce a la pedagogía moderna, como ciencia, como moral, como política de conocimiento: una serie de discursos interesados en conocer (y transparentar) a los niños, su cuerpo, comportamiento y capacidades para producir un tipo particular de niño y una forma específica de subjetividad. La pedagogía lo convirtió en alumno integrándolo en las instituciones escolares. Esa idea de alumno que nos legó la modernidad, en el supuesto de infancia que devuelve un alumno obediente, sumiso, carente y dependiente, se torna inimaginable en muchas situaciones escolares actuales. La infancia como

desigual, otras infancias: temida, idealizada, finalizada, hiperrealizada, desrealizada... Tantas como nombres se vienen inventando en pro de su captura explicativa.

“...Hay que ver cómo pensamos ahora a la infancia, porque los vestimos hermosos, llevan celulares, están rodeados de Floricientas, ¡¡¡ pero están solos!!!” señalaba una maestra. La emergencia de algunos signos alertan frente al vaciamiento del sentido de la experiencia y la horizontalización del vínculo entre generaciones... No estamos igualmente desvalidos frente al enigma del mundo grandes y chicos...

Ser y tener

Podríamos pensar que la película transmite una *ética de la hospitalidad* en la relación entre grandes y chicos. Al ser la hospitalidad una de las experiencias éticas centrales en la vida de los humanos, implica una actitud de apertura -en la medida en que conlleva generosidad y disposición favorable hacia lo complejo-, es necesariamente una *ética de la inestabilidad*. Una invitación a escuchar y a dejarnos sacudir. Porque abrirse al otro (y a lo otro de uno mismo) implica ser capaz de ponerse en cuestión, dejarse transformar por la presencia misteriosa de aquello que viene a socavar las certezas y la solidez de nuestro pequeño universo.

La fuerza de interrogación que el cine estimula, en *Ser y tener* vibra también desde el título. *Etre* (Ser) se traduce como *ser* cuando es atributo de un nombre, un

institución -no los chicos, sino la infancia como representación, como suposición- producto de instituciones modernas y estatales destinadas a producir ciudadanos (la figura del infante como futuro ciudadano inocente, frágil, que requiere ser tutelado) está en crisis desde hace tiempo... invita a revisar los supuestos pedagógicos en que nos formamos. Puede verse en: Baquero, R., y Narosowsky, M., (1994), “¿Existe la infancia?”, en Revista del IICE, Año 3, N° 4, Buenos Aires; Corea, Cristina y Lewkowicz, Ignacio (1999) *¿ Se acabo la infancia?* Paidós; Lewkowicz, I., (2005), “Entre la institución y la destitución, ¿qué es la infancia?”; en Corea, C., y Lewkowicz, I., *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*, Paidós educador, Buenos Aries; 1ª. Reimpresión, entre otros.

pronombre, una proposición, un infinitivo o un numeral. Se trata de argumentar la condición de ser. Ser lleva a ejercer... llevar a cabo... desarrollar...

No se trataría entonces sólo de ocupar un lugar, **tener** un cargo de maestro. Sino de **ser maestro**. De pensar cómo habitamos ese lugar, del modo en que toma encarnadura, nombre, pasión..., cada día y en cada pequeño gesto, nuestra decisión de **ser**. Ser para otros un maestro no es algo que se pueda planificar..., ni imponer, ni controlar al modo técnico.

Puede ejercitarse, como opción entre otras, uno va siendo, se es siendo... Ejerciendo y ensayando ese lugar, aprendiendo a ser maestros al tiempo que aprendemos a vivir... ofreciendo un modo de sostener la mano, el desafío de una aventura intelectual a compartir, un tiempo para

pensar, un sitio donde crecer... Porque **ser maestro** es ser capaz de habitar una pregunta, ser saborizador de una experiencia, ser uno mismo invitación al movimiento de *tras-lado*...y tanto más. Y más...!!

Quisiera interrumpir aquí: si la infancia es enigma, promesa que solo el tiempo vendrá a descubrir... Si una ética de la hospitalidad en la relación entre grandes y chicos solicita el cuidado y el cultivo, pide escucha y aceptación de aquello que viene a desestabilizar lo que somos -lo que hemos construido, lo que ya sabemos...- la pregunta que se desliza es: ¿Qué estamos *siendo* cada uno de nosotros y todos nosotros?

Pregunta que, también, invita a mirar la película.